

UNA JORNADA DE NUEVE HORAS en lugar de doce y un alza de salarios que compensara la desvalorización de la moneda, gestionaban desde febrero de 1903 los portuarios de Valparaíso. Cansados de tramitaciones, el 11 de mayo formaron un comité reivindicativo. Su pliego de peticiones no encontró eco. Las compañías navieras se negaron a entablar conversaciones y buscaron en los alrededores de Valparaíso otros brazos que reemplazaran los caídos en señal de descontento. Tal respuesta colmó la copa de la exaltación. Los obreros de la Gran Unión Marítima contaban con el apoyo de la Liga Tipográfica, las Uniones de Sombreadores, Estucadores y ramos similares. El amanecer del 12 de mayo los encontró reunidos en las calles adyacentes al malecón. Se trataba de 7 mil hombres en cólera, con sus mujeres y sus niños. A media mañana, un tranvía pretendió hacerse calle entre la masa humana que, como reacción, quiso volcarlo. Intervino la policía, sable en mano. La batalla campal entrecruzó piedras, balas y estocadas. El comercio bajó sus cortinas y las casas trancaron puertas y ventanas.

De los cerros se descolgó una poblada en ayuda de los obreros, casi 10 mil personas dispuestas a todo. Algunos incendios y asaltos a bodegas y tiendas de alimentos, aumentaron la confusión. La marinería de los buques surtos en la bahía cooperó con la policía. El Ejército hizo llegar refuerzos desde Santiago. El enfrentamiento se intensificó hasta el anochecer. Nunca se supo con exactitud el número de caídos. Al fin la derrota de los huelguistas devolvió la tranquilidad a Valparaíso. Cuatro meses más tarde, la Junta conciliadora, nombrada ese 12 de mayo, dictó fallo favorable a las peticiones de los obreros. Estos celebraron el triunfo con una gran romería al cementerio, donde colocaron una placa recordatoria de los que llamaron "mártires marítimos".

LA LUCHA OBRERA CHILENA constituye el tema de la obra teatral "Recuento", cuya primera escena versa sobre la huelga portuaria de Valparaíso en 1903. Pese a que la historia requería masas en el escenario, su autor Elizaldo Rojas se limita a un reparto de apenas cuatro actores y una guitarra. Supone:

*—Un obrero son todos los obreros, una mujer de pueblo son todas las mujeres del pueblo; un policía poco se diferencia de otro y en general autoridades y patronos tampoco varían en su posición esencial.*

Elizaldo Rojas (38 años, 2 hijos), escribe de lo que sabe y lo que siente. Actual director de las actividades culturales del sindicato de Chilectra (4 mil obreros), se inició adolescente en las faenas nortinas. Allí realizó de todo. Experto en los diferentes trabajos del cobre y del salitre, el chuzo y la pala no le parecían su destino. Lo atraía el teatro, que leyó desde niño en los textos que pudo procurarse. Comenzó la fabricación de títeres, a los que daba la forma y la personalidad de sus compañeros de trabajo, de sus capataces y jefes. Con ellos armaba repartos dramáticos donde sus personajes amaban, bailaban, se casaban, morían o protestaban. Sobre todo protestaban de las malas condiciones de vida. El espectáculo poseía un halo comprometido que no lo hacía simpático a las autoridades, aunque su ingenuidad no le daba un cariz demasiado serio. El titiritero Elizaldo Rojas caminó con su Compañía de trazo por casi todo Chile. Cuando la temporada no resultaba suficiente para costear sus necesidades mínimas, volvía al trabajo manual donde se desempeñaba con eficiencia. Con el tiempo se casó, le nacieron dos hijos, se separó y se instaló definitivamente en Santiago y en la militancia política de izquierda. También decidió abocarse seriamente a la labor teatral. "Santa María de Iquique", "Pilón", "Tierra de Dios" y "Recuento" surgieron de su deseo de comunicarse con sus compañeros obreros. El idioma dramático le pareció más atrayente, claro y contundente que el discurso político o el panfleto. Esa misma convicción lo indujo a mover palillos en la "Cut" hasta formar el Teatro de la Central Unica de Trabajadores y el "Teatro de la Quinta" (Normal), en 1964. Ambos se encuentran

ahora en receso, pero con proyectos de reapertura próximos.

Entretanto, "Recuento" —estrenado en 1964 en el "Teatro de la Quinta"—, encontró acogida en el grupo "Teknos", que hace tres semanas lo reestrenó en la sala Talía. Pese a que una moderada cuota de público de preferencia estudiantil produce una taquilla digna a la Universidad Técnica, a la cual pertenece el "Teknos", los ánimos no se aprecian eufóricos. Universidad y grupo teatral querían reunir obreros en su platea de la calle San Diego. Pero éstos se muestran reacios. Carecen de hábito teatral. La participación en un espectáculo, aunque ellos sean protagonistas, los intimida. Sin darse por vencido, el "Teknos" abandona martes, miércoles y jueves la comodidad del Talía y parte con "Recuento" a sindicatos, clubes obreros, centros de madres o plazas populares. La escenografía no es más que un juego de tarimas móviles. El maquillaje y el vestuario no existen. Así la puesta en escena no presenta mayores complicaciones, como tampoco las alberga la trama. Una actriz (Gabriela Medina) y tres actores (Adriano Castillo, Osvaldo Lagos y Juan Quezada) bastan para animar la serie de episodios contenidos en la obra y que se inician con la huelga de los marítimos.

La expulsión de los campesinos de Lonquimay (1934), la represión contra los obreros de Puerto Natales (1919), los sucesos de Punta Arenas (1920), la "Guerra de Don Ladislao" (1920) y los incidentes nortinos de Santa María de Iquique, La Coruña y El Salvador, constituyen el resto de "Recuento". Más un epílogo, que menciona a Puerto Montt y que el autor agregó posteriormente a la obra original.

—No es una pieza escrita con odio sino con esperanza —observa Raúl Rivera, director de "Teknos", quien hizo notar el interés con que los estudiantes que asisten al espectáculo toman notas en sus libretas. Les preocupa especialmente el militar a cargo de las fuerzas, a cuya orden de "fuego" cayeron cientos de obreros parapetados en la escuela "Santa María" de Iquique. Este personaje fue atacado posteriormente por un medio hermano del obrero español Manuel Vaca, caído en la refriega, en un capítulo brumoso y poco conocido. Antonio Ramón Vaca, obrero residente en Buenos Aires, se extrañó del corte súbito de correspondencia de su medio-hermano Manuel. Se vino a Chile y averiguó lo ocurrido. Tras siete años de paciente espera, un día pudo sorprender al militar a la salida de la Fábrica de Material de Guerra, que dirigía en 1927. Tres cuchilladas en el brazo, una en el cuello y otra detrás de la oreja, no llegan a comprometer la vida del militar, pero lo hicieron perder el ojo izquierdo, que hasta su muerte tapó con parche-corsario. Antonio Ramón Vaca pagó con cinco años de cárcel su venganza. Cumplida la pena, desapareció.

—Todavía no se ha escrito la gran novela del movimiento obrero chileno —comentan los "Teknos", que en parte la suplen con "recuento. Consideran, no obstante, que la obra entraña apenas un boceto de su espesa, dramática y sangrienta trama.



EL ELENCO: Cuatro actores y una guitarra. Grupo "Teknos"

obreros

con

gusto

a

poco